

misericordioso el Señor, has dicho muchas veces; ¿y te parece que porque es bueno, porque es manso y benigno, porque es sufrido y paciente, es bueno ofenderle? ¡O bondad eterna y Dios de las misericordias! Perdonad, Señor, nuestros atrevimientos: grandes son y han sido: ¿puede ser mayor el arrojito que tomar motivo de vuestra bondad y paciencia para ofenderos? ¿Lo que habia de ser causa de mayor amor, eso sirve de argumento para la mayor ofensa? Porque sois bueno, manso y apacible, aunque no hubiera otra razon, os debiamos amar y querer con todo nuestro amor; porque ¿qué se ha de amar sino lo bueno? ¿Qué mas se puede desear en un amigo que hallarle noble de condicion, cariñoso, afable, manso y pacífico? ¿Quién no ama estas prendas en cualquier sugeto? Una sola que se halle en un hombre le hace de todos amable y querido; ¿y hallándose todas con otras innumerables en este Señor, no solo no le amamos por ellas, sino que fiados en que es bueno, nos atrevemos á ofenderle? Ea, abre los ojos, amigo, y baste de ceguedad.

234. Considera cómo debes la mansedumbre y bondad del Señor. Pidióle el ósculo el maldito Júdas, y su Magestad divina inclinó su santísima cabeza; y teniendo tantas causas y razones para volver el rostro á otra parte, y apartarlo de aquella fiera, no obstante se le ofreció, como quien dice: ¿el rostro me pides, Júdas, para besarme en él? Ahí le tienes, amigo, mira si me pides otra cosa: no te acortes, que quien te admite al ósculo de amigo, mejor te admitirá á su casa, á su familia, á su gracia y á su gloria: y así no tengas empacho, ni te retraiga la maldad que traes urdida contra mí: ese ósculo de paz falso que me das, dámele de veras, y con corazon arrepentido, y ahí se acabarán mis ofensas, y tan amigo serás mio, como de ántes; y aunque ahora me prendan estos que tú traes contigo, no te desconsoles, porque eso ya tú no puedes remediarlo, y es fuerza que en mí se cumpla la voluntad de mi Padre, que es que yo muera por tí y por todos los hombres. Cuida solo de volverte de veras á mí; que te aseguro que por mí jamas te faltará mi amor ni mi paz. ¡O corazon endurecido! ¡O hombre mas duro que los pedernales! ¿No te ablanda esta mansedumbre? ¿No te provoca una tan gran bondad y misericordia? ¿Qué dudas? ¿Piensas acaso que el Señor te habla de cumplimiento, ó con la doblez que suelen hablar

los del mundo? ¿No tienes harta experiencia de su trato y bondad? ¿No has visto cómo perdonó á la Magdalena, y á otros muchos pecadores, y que despues de haberles perdonado fueron sus amigos, y el Señor en todas las ocasiones volvía por ellos, y los defendía de sus calumniadores, y los amparaba como amigo verdadero? ¿Pues porqué no te vales de la ocasion? Mas, ¡ó señal de reprobacion eterna! No quiere salvarse; quiere perderse, y por eso porfia y contiende con pertinaz emulacion contra la divina misericordia que le llama. Acude, amigo, acude tú á la voz de este dulcísimo pastor, que te llama con misericordia y verdad: no te amilanen tus culpas, que quien te llama no es para confundirte, sino para perdonarte; y si á la pusilanimidad y cobardía de tu corazon, originada de tus grandes pecados, se le oculta la dulcísima voluntad de este Señor, toma por madrina á su santísima Madre María, nuestra Señora, y llega con seguridad de que no serás expelido de Dios.

235. Considera cómo viendo el Señor que Júdas no entendía las voces que le daba al corazon, le habló con su boca santísima, y le dijo: amigo, ¿á qué has venido? como quien dice, dice San Juan Crisóstomo: amigo te llamo, porque aunque tú no quieras serlo mio, yo lo soy tuyo; y aunque tú no me ames, yo te amo. Piensa bien esta palabra, que es digna de grandísimo reparo. Amigo llama el Señor á su cruelísimo enemigo. ¿Qué es esto, Dios de piedad y misericordia? Satanás habeis llamado en otra ocasion á San Pedro, que os amaba con todo su corazon; ¿y aquí llamais amigo á Júdas, que os aborrece con toda su alma? ¿Amais al enemigo, y le tratáis como amigo: y al que es verdadero amigo le tratáis como enemigo? Pero, ¡ó infinito amor de este Señor para con las almas, y para su remedio! El amigo no quiere verle padecer, ni en pasion, ni en cruz; el enemigo y traidor Júdas le vende y le entrega á la pasion, á los tormentos, á las deshonras, y á la afrentosa muerte de cruz. Como lo que deseaba el Señor era solo padecer por nosotros, por eso á Júdas, que le facilita el morir y padecer, le llama amigo; y á San Pedro, que no quiere verle en tormentos, le llama Satanás. Saca de aquí dos cosas: la una el amor á las penas y trabajos por tu Señor; que no hay razon para que tú aborrezcas el penar, cuando ves á Dios tan amante de la cruz: la otra, que te importa mucho que te de-

sengañes de que los amigos de tu carne son enemigos de tu alma, y á estos has de volver las espaldas, como el Señor se las volvió á San Pedro, diciéndole que se le quitase de delante. Y por lo contrario los enemigos de tu carne, los que te ponen en trabajos, esos son amigos verdaderos de tu alma, y á esos debes amar y llamar amigos, porque amigo es el que persigue á tu mayor enemigo, que es tu cuerpo; y haz cuenta que esto te enseña el Señor en el llamar amigo á su enemigo.

236. Considera la otra palabra que dijo el Señor á Júdas: ¿á qué has venido? Haz cuenta que ves al soberano Jesus, que se vuelve á Júdas con un semblante tierno y amoroso, y hablándole en secreto, y quizás con lágrimas en sus divinos ojos, le dice: ¿amigo, á qué viniste? Como quien dice: bien sabes que yo no ignoro á lo que vienes; pero dílo tú por tu boca: amigos somos; ya sabes lo mucho que te he querido: di, confiesa aquí en secreto tu culpa, y seamos amigos; que como tú la confieses, en ese mismo punto me olvidaré de ella, y te perdonaré. ¡Mira qué piedad! ¡mira qué amor! ¿qué mas puede hacer la suma bondad de este Señor que rogar consigo, con su amistad y misericordia, á quien no le quiere, ántes le aborrece? ¿Qué es esto, Dios de infinito amor? ¿No haceis harto en ofrecer os al que os busca, en daros á quien os quiere, sino que tambien habeis de rogar al que huye de vos, y con traicion tan alevosa os vende? Piensa en esto, cristiano, y ten una muy grande confianza en este Señor, que jamas se te negará, como tú le busques de veras; porque ¿cómo se negará á quien le busca, si convida consigo á quien le persigue? ¿Cómo le negará á quien le busca, si convida consigo á quien le persigue? ¿Como le negara á tú alma aquel ósculo de paz y amor, si se le da al traidor? Entrañas de amor semejantes es imposible que las puedas pensar, ni imaginar. Aliéntate pues, y vete á sus piés lleno de confianza. Confiesa tus culpas con ánimo de dejarlas, y en ese punto se hicieron las amistades entre Dios y tu alma: mira que las mantengas y conserves, que si no faltan por ti, por el Señor no faltarán, porque ama muy de veras á quien le ama.

237. Considera otra vez aquella palabra, que es muy misteriosa: ¿á qué viniste, amigo? Muéstrale su amor al maldito Júdas para no espantarle; como si digera: dime, ¿á qué has venido á mi compañía? ¿á qué te trage á mi escuela? ¿para qué te hice mi apóstol? Piénsalo bien, y respóndeme. ¿Te he traído para que te volvieses contra mí? ¿Para que

te hicieses de la banda de mis enemigos y me vendieses? ¿Es esto lo concertado? ¿Esta traicion en dónde la aprendiste? ¿ese fruto has sacado de la doctrina y milagros que has visto y oído? Dime ¿qué ocasion te di para que así te pierdas y me pierdas? Mira que tengo gran pena en mi alma en ver que te pierdo, y te vas á la perdicion despues de haberte cargado tres años sobre mis hombros: ya sabes que eras una oveja perdida, y que yo te saqué de las garras del lobo, y te junté á mi corto rebaño, y con las demas te guardé como verdadero pastor hasta la hora presente; y tú ahora, porfiando conmigo, te escapas de mis manos, y te vas á las del lobo infernal. Sosiega ese corazon inquieto, deja esa terquedad, júntate con tus compañeros, y espera de mi misericordia, que como á ellos te perdonaré, y serémos amigos. ¡O dureza y pertinacia inaudita y perversa! Atiende tú, cristiano, á estas razones de Dios, y haz cuenta que á ti te las dice, y que te hace cargo en ellas de haberte traído á su iglesia á la participacion de sus sacramentos, y al número de sus escogidos, y que quizás como oveja perdida te sacó de las garras del lobo, y te cargó sobre sus hombros con infinito amor: mira si le has correspondido, y aplícate á ti esta amorosa queja y reprehension saludable de tu Señor, y no seas duro como Júdas.

338. Considera cómo viendo el Señor la dureza de Júdas, y que nada aprovechaba con blandura, mudó de estilo, y le dijo: Júdas, al Hijo del hombre entregas á los enemigos con ese ósculo de paz y amistad? Advierte con particular cuidado en las palabras del Señor, que no dice, ni se queja de que entregue al Hijo de Dios, ni le pone por delante esa razon, sino el que sea su divina Magestad Hijo del hombre, aunque es lo mismo; como quien dice (explica San Ambrosio:) Júdas, ¿al Hijo de Dios hecho hombre entregas á sus enemigos? ¿Al Hijo de Dios, que para tu remedio bajó de los cielos á la tierra, se hizo hombre, y se unió á tu misma naturaleza, levantándola sobre los ángeles, y honrándola mas que á todo lo criado? ¿Al Hijo de Dios humanado, que por tí padeció frios, soles, hambres, sed, cansancios y fatigas, á ese entregas como ingrato y traidor á sus enemigos, y le entregas con ese disimulo, con esa capa de amistad, con esa paz falsa y fingida? Ya que eres ingrato y desconocido, ¿para qué eres hipócrita? ¿Para qué finges que me amas, si eres mi enemigo mortal? ¿Para qué me besas, como amigo, si

me traes vendido como enemigo? ¿Tan poco te parece el venderme, sino que tambien quieres que yo disimule tu hipocresía? ¿No te contentas con venderme, sino que tambien quieres engañarme? ¿Para qué son esos disfraces, si sabes que penetro yo los corazones? Y si lo haces por estos que te ven, porque no te tengan por traidor, ¿qué te aprovecha esa cautela, di, miserable, si yo te conozco? ¿Qué ganas con que no te tengan por malo los hombres, si delante de Dios y sus ángeles eres tenido por lo que eres? Carga aquí la consideracion, cristiano, y huye de este maldito vicio de la hipocresía y ficcion, que es tan malo, que por una parte envuelve un desprecio formal de Dios, y por otra lo acredita de ignorante, pues le parece al hipócrita que puede engañar á Dios, ó si no puede engañarle, no le da cuidado el ser malo en sus ojos, y solo cuida de no parecerlo á los hombres. ¿Qué mayor desprecio de Dios quieres ver? Teme pues su indignacion, y teme tu ingratitud: ama y aprecia solo á Dios: desprecia y abomina la estimacion humana. Mira como Júdas, no pudiendo sufrir la reprension del Señor (como dice San Agustin) le volvió las espaldas, y partió á juntarse con los soldados, que ya entraban por la puerta del huerto, y su divina Magestad partió al punto de donde estaba, y con ánimo generoso, sosegado, grave y modesto, se les puso delante. No deges cosa que no pienses y consideres; y así haz cuenta que los discípulos del Señor, como estaban turbados y cargados de temor, así que vieron las hachas y linternas, y oyeron el ruido de las armas y el tumulto de los soldados, se asustaron todos, y empezaron á temblar; por lo cual el Señor se volvió á ellos, y puedes considerar que les dijo: no temais, hijos mios, que no vienen por vosotros, ni os han de hacer mal ninguno: por mí solo vienen, á mí me buscan: poneos aquí á mis espaldas, y no temais, que yo me pondré por delante y los detendré, y así podeis ponerlos en cobro á vuestro salvo, como quisiéredes. Ves aquí aquella ave piadosa, que por librar sus polluelos, se expone á las garras de los milanos, y primero se dejará hacer pedazos que le lleguen á ninguno. ¿Quién teme con semejante capitan? ¿Quién tiene pavor á la sombra de tan poderoso defensor? Armate, cristiano, con este divino escudo: llévale por delante, y no temas aunque vengan egércitos enteros contra ti: no le pierdas de vista, ténle siempre presente, no andes solo jamas, que como con sola esa compañía vayas, no hayas mie-

do que por mas millares que se junten contra ti, te ofenda, ni te llegue ninguno.

239. Considera cómo el Señor puesto enfrente de ellos les dijo en voz clara, que lo podian oir todos: ¿á quién buscáis? como quien dice: ¿sabeis á quién buscáis? ¿conoceis al que venis á prender? Y ellos respondieron que á Jesus Nazareno buscaban; y no dicen: á ti te buscamos, á ti te venimos á prender; porque como dice San Juan Crisóstomo, no le conocian; y es así, porque si le conocieran, nunca se le atrevieran. Cegabalos el resplandor que quiso nuestro Señor manifestar en su divino rostro, dice el mismo Santo; y así, aunque se habian prevenido de hachas y linternas, se quedaron á obscuras; porque mal les alumbraria esta luz, si los cegaba la de Cristo: era verdadero sol, y cegaba á las aves nocturnas; pero aunque estaban ciegos, respondieron sin saber lo que decian: á Jesus Nazareno buscamos: á Jesus florido; que eso quiere decir Nazareno. Venian al huerto á coger aquella flor, no llevados de la fragancia de su olor, sí para arrancarla del huerto, y arrojarla en el campo de su pasion y tormentos, para que verdaderamente fuese y se llamase flor del campo, hollada y pisada de los hombres. Para esto os buscan, azucena cándida, para volveros cárdeno lirio: para esto os buscan, rosa divina, paraíso del cielo, para marchitar vuestra hermosura en el monte Calvario: para esto os buscarán á vos los hombres, soberano Redentor, cuando vos los buscáis á ellos para trasplantarlos de los ásperos montes y desiertos del mundo, en el paraíso de la gloria: mira qué modo de buscar el uno, y qué modo de buscar el otro; y teme de buscarlo con los malos, porque buscándole, no mueras en tu pecado. Búscales con los buenos, y del Calvario pásale á tu corazon.

240. Considera cómo habiéndoles el Señor preguntado á quién buscaban, y ellos respondido que á Jesus Nazareno, entónces les dijo su Magestad: yo soy; como si digéramos: ¿á Jesus Nazareno buscáis? Sí. ¿Y sabeis vosotros quién es ese Jesus Nazareno? No lo conocemos. ¿No? Pues ahora le habeis de conocer: yo soy. Apenas pronunció el Redentor de la vida esta palabra, retrocedieron atras, y con tal ímpetu, que cayeron todos de espaldas unos sobre otros. ¿Conoceis ahora á Jesus Nazareno? ¿Conoceis ahora quién es el que venis á prender? ¿Sabeis ahora cuánto es su poder y cuánta su grandeza? ¿Veis como con una sola palabra os

derriba y postra á todos en tierra? Y si no, decidme ahora: ¿qué es de aquel estruendo, de aquella ira y crueles amenazas con que veniais? Ea, jugad ahora esas lanzas, abrazad esos escudos, herid con esos alfanges, y atadme con esas cadenas y sogas. Ea, Júdas, que estás caído entre esos caídos, ¿no abres los ojos? ¿No vuelves en ti? ¿No conoces el poder divino sobre ti y sobre toda tu compañía? Di, infeliz, ¿qué te aprovechó hacer gente de guerra, juntar soldados, prevenir armas, encender faroles y hachas, y señalar á tu divino Maestro con el ósculo? ¿Qué te aprovecharon aquellas prevenciones que hiciste, diciéndoles: el que yo besare, ese es, así, tenedle y llevadle con cuidado? Ves ahí frustradas todas tus astucias. ¡O cristiano! Mira que no pases de corrida este paso. Atiende y considera: ¿quién podrá sufrir la indignacion de este Señor, cuando esté enojado, si ahora, estando para ser atado, escupido y abofeteado, es tan terrible una sola palabra suya, que derriba en tierra un escuadron de gente armada? ¿Quién podrá resistirle cuando venga á castigar? ¿Qué tal estará el corazón del malo, cuando siendo preguntado si conoció á Jesus Nazareno, si recibió su santa fé y ley, y él, lleno de pavor, se quede enmudecido, y oiga decir: sí, yo soy el que por ti me hice hombre: por ti padecí trabajos, pobreza, cansancio, soles, frios, hambres y sed: por ti fuí preso como ladrón, escupido, azotado, deshonrado y afrentado: yo soy aquel que callaba y disimulaba tus maldades: yo soy el que tantas veces te llamaba y convidaba con mi gracia: yo soy aquel á quien tú despreciaste y trocaste por Satanás. Dime, ¿podrás tú tolerar este *yo soy*, repetido tantas veces? Cristiano, piensa bien esto, y enmienda tu vida.

241. Considera cómo habiéndoles el Señor tenido así postrados (dice San Agustin) aquel tiempo que era bastante para que conociesen é hiciesen reflexion sobre el poder de su divina Magestad, para que conociéndole, desistiesen de la maldad que traian intentada, les volvió á preguntar, que á quién buscaban. Y con esta palabra, animados ellos del susto que habian tenido, se levantaron; y cuando debian responder arrepentidos, que ellos no buscaban ya á nadie, porque ya con esta caída se les habian abierto los ojos del alma, y conocian su ceguedad, y que el Señor á quien venian á prender les perdonase, porque ya experimentaban era mas que hombre el que con sola una palabra así confundia á tantos

hombres: cuando debian, postrados en tierra, venerar su poder, adorar su grandeza y temer su justicia, digeron ciegos lo que de ántes: que á Jesus Nazareno buscaban. Mira á cuán miserable estado llega un pecador, y á cuán desamparada dureza; pues aunque vea milagros tan patentes por delante, pasado el peligro, se queda en su pertinacia y obstinacion. Pues si á mí me buscábais (dijo el Señor,) ya os tengo dicho que yo soy: no me llegueis á mis discípulos; dejadlos que se vayan, que á mí aquí me teneis. ¡Mira qué paciencia! ¡Mira el amor que tiene á los suyos! Como quien dice: puesto que con la caída que habeis dado no habeis caído en vuestro desatino, haced lo que habeis pensado, que ya os doy licencia: prendedme á mí, y dejad en libertad á los míos. ¡O Rey de misericordia! Todos los vuestros estaban en prisiones, cautivos del demonio; y esas entrañas de amor os obligan á que pacteis con vuestros enemigos, y les digais: dejad en libertad á los míos, y ponedme á mí por ellos en las prisiones: vivan los míos y haced de mí lo que quisiéreis. ¿No te cautiva el amor de esta fineza, cristiano? Está un esclavo preso en la cárcel, condenado á muerte, y llega el Señor, echa fuera el esclavo, y él se queda en las prisiones, y se ofrece á la muerte porque el esclavo viva. ¿Qué te parece de esta fineza? ¿Pues qué tiene que ver con la que hace por ti tu Señor? Abre los ojos, y cae en la cuenta de tus yerros, y trata de amar á quien así te ama: no le seas mas ingrato, ni resistas mas á su amor. Jesus Nazareno, Rey eterno de los siglos, es el que por ti se ofrece á las prisiones: tu Dios, tu Criador y tu Señor es el que dice á los ministros de tinieblas: no hagais mal á los míos, aquí me teneis á mí, egecutad en mí el furor, la ira y cólera que habeis de egecutar en ellos. ¿Qué merece quien á este Señor ofende? ¿Con qué palabras se podrá ponderar nuestra ingratitud? ¡O Reyna de los ángeles, poneos de nuestra parte, porque no tiene disculpa nuestra maldad!

242. Considera cómo así que tuvieron permiso aquellos hombres para prender al Señor, cerraron con furia infernal contra su divina Magestad; mas el Señor con su divino poder los detuvo, para persuadirles mas á que de su propia voluntad se ofrecia á la muerte, y que si él no quisiera, ni ellos, ni todos sus soldados pudieran nada contra su persona. Dijoles, pues, estas razones: como si yo fuera ladrón, así habeis salido con espadas, lanzas y armas á prenderme. Cada

dia me teniais en el templo predicando y enseñando en vuestra presencia, y nunca os habeis atrevido á ponerme las manos; ¿y ahora venis con toda esa prevencion de armas de noche á prenderme? ¿Cómo no lo habeis hecho de día? ¿Porqué habeis esperado á la noche? Mas ya se da con eso á entender, que esta es vuestra hora y el tiempo mas adecuado para vuestra cobardía y para las potestades de las tinieblas. ¿Venis á hacer guerra á la luz? Claro está que á las tinieblas os habeis de acoger. ¿Venis armados contra el sol? ¿Pues quien os puede dar esa osadía, sino el que preside en las tinieblas eternas? Ea, que en vano os predico: poseidos estais de Satanás: esta es vuestra hora: dadle gusto en ella, que la mia se llegará despues de la vuestra, y entónces haré yo lo que quisiere. ¡O alma cristiana! Tiembla de estas palabras, haz cuenta que esta vida es una hora, mira lo que haces en ella, porque se pasará muy en breve, y se llegará la hora de Dios, que es la del juicio y de la cuenta; y entónces ¡ay de ti si pasaste tu hora sirviendo al príncipe de las tinieblas! Ahora permite el Señor á los malos, que miéntras les dura su hora, hagan lo que quisieren; pero en llegándose aquella última, que tomará el Señor para sí, entónces, mal que les pese, harán lo que quisiere el Señor, y gustare. Ahora se arman contra su divina Magestad con diversas culpas y pecados, que son armas del demonio. Y como los Judíos que se armaron contra Cristo con las armas de los Romanos perecieron á manos de los Romanos mismos, dispondrá la divina Justicia, que las mismas espadas y lanzas con que buscaron al Señor, esas mismas los degüellen y les atravesen el corazon; y por una cohorte de mil soldados que juntaron contra Cristo, millares de millares se armaran despues contra ellos mismos. Ves ahí la hora de Dios, y ves ahí la hora de los pecadores: mira no pierdas por una hora una eternidad.

243. Considera cómo viendo el Señor que nada aprovechaba á aquella gente maldita, les dió de una vez licencia para que de hecho le prendiesen. Bien puedes ya aparejar aquí las lágrimas, y armar de fortaleza tu corazon, porque son muy terribles las consideraciones que se siguen. Arremetieron contra el Señor con tanto ímpetu, con tanta furia y rabia, que queriendo explicarla el Espíritu Santo ántes que sucediese, la compara á la furia del unicornio, á la braveza de los toros acosados, á la rabia de los perros, á la

crueldad de los leones enojados, á la ira de los tigres embravecidos, y á la ansia de los lobos hambrientos. Tanta fué la ferocidad de aquellos crueles corazones, que para explicarla la compara á las mas atroces bestias, y á las mas crueles fieras. Asieron del Señor con cólera y furia indecible, unos por los cabellos, otros por los cabezones, otros por las manos y brazos, otros por las espaldas, y otros por el pecho; y cargando todos de tropel sobre su divina Magestad, colgados de su santísimo cuerpo, le derribaron en el suelo; y unos con puñadas, otros con los puños de las espadas, otros con las astas de las lanzas, y otros con piedras que cogieron, por no lastimarse las manos, dándole, descargaron sobre el Señor golpes cruelísimos, tirando cada uno á partirle los huesos, y á sumirle y hacerle pedazos las costillas; de manera, que de mil y cien soldados no quedó ninguno que no le hiriese. Los mas de cerca le pegaron muchas veces, y los otros, que no podian llegar con las manos, entraban los cabos de las astas por entre los demas que estaban delante, y le herian inhumanamente. Consideralos á todos encarnizados en aquel mansísimo Cordero, que puesto debajo de sus piés, no abria su boca para quejarse. Vuélvete á ellos, y diles: crueles é inhumanos, ¿para qué es toda esa cólera y rabia contra un Señor que sin resistencia alguna se deja prender, y se os pone en las manos con tanta mansedumbre? ¿Para qué son tantos golpes á quien no se defiende, ni hace fuerza alguna para huirse? ¿Qué malas obras os ha hecho, ó en qué os ha agraviado? ¿Para qué estais tan enojados y rabiosos contra él? ¿No basta que le lleveis preso como os lo han mandado? ¿Acaso os han dicho que primero le mateis á palos, y le lleveis muerto? No, porque ellos le quieren con otra muerte mas cruel y mas afrentosa. ¿Pues para qué tanto golpe? ¿para qué tanta herida? Mas ¡ó maldad de Júdas! Aquel malvado discípulo tiene la culpa; porque les dijo que viesen como le traian, porque no se les fuese de entre las manos; y por esa causa le quieren quebrantar las fuerzas, pareciéndoles que quebrantado y molido no se les podrá escapar. De su misma escuela le vienen sus mayores males y trabajos á este mansísimo Cordero: los mas favorecidos, esos son mas crueles para con el Señor. Mira, alma, no imites á este traidor, no seas causa de que otros maltraten á tu Dios; no tome